

LÍNEAS DE ENSAMBLAJE

Sebastián Quiroz

Seis salones desfilan uno tras otro, sobre un corredor de loza amarillenta. Frente a ellos, un barandal con el rojo del colegio aleja al firmamento del vacío. Debajo, las canchas de básquetbol. A los extremos, la sala de maestros y la escalera de emergencia. Arriba: el cielo. Cada salón tiene treinta y cinco alumnos. Dependiendo del número de inscritos, cada grado tiene cuatro o cinco salones, identificados por letras del abecedario que año con año alojan generaciones enteras. Las letras nos marcan por fuera, así como los pupitres en fila seccionan el espacio en secuencias de niños, fierros y uniformes que desembocan en un pizarrón verde oscuro, repleto de sumas y restas, conjugaciones, ecosistemas, partes del cuerpo y fechas importantes, escritas con la caligrafía perfecta de Miss Lety. El horario es de siete treinta a dos de la tarde. A las cuarenta las puertas se cierran y no hay forma de salir, a menos que te hagas el enfermo o tengas un accidente. De lo contrario, no tienes de otra más que permanecer en ese mundo hostil hasta que tu mamá vaya por ti.

El ruido de las H1 silencia mis pensamientos, los calla por la fuerza. En cambio, al pasar por Etiquetas, el zumbido de las máquinas estampando logotipos de marcas de agua purificada me trae de vuelta al sueño y desacelero el paso suavemente; qué importa si llego unos segundos tarde a mi puesto. Un nuevo día empieza en la fábrica. Según el reloj del iPod, me faltan once horas con cincuenta y dos minutos para salir de aquí. Por suerte, en esta fábrica no hay supervisores. En la mayoría de los empleos, hay personas a quienes les pagan por arrear a sus iguales. Me parece un espectáculo desagradable, la peor de las traiciones. En la fantasía de los oprimidos, dichos individuos creen haber hecho tan bien su trabajo que les fue otorgado el derecho de explotar a otra gente. Aquí no existen tales puestos, no hacen falta, los ingenieros de producción han optimizado tan bien el lugar, que cada proceso funciona por sí mismo. De vez en cuando, los industriales llegan, miden tiempos, realizan cálculos, presentan reportes, recaudan firmas y, al cabo de unos días, implementan mejoras. Sin embargo, los engranes están tan bien aceitados, que hasta las ratas tienen una función aquí. En alguno de sus *kaizen*, probablemente en tiempos de crisis, los ingenieros se habrán dado cuenta que los supervisores salían sobrando, que se les pagaba un sueldo por una función que ya no era necesaria, que las máquinas hacían su trabajo solas y que la única mano de obra indispensable era la de los inspectores, como yo, que por nueve dólares la hora discernían entre una botella buena de una mala.

No tardan en inventar una máquina para suplirme. Digo, ¡a mí, qué! Afortunadamente, yo estoy de paso. Por más que cada minuto en este lugar sea un infierno, aún descanso en la tranquilidad de saber que, en mi caso, este trabajo no es para siempre. Soy un extranjero que, así como llegó, se va a ir, y como el buen turista que soy, desde la distancia que me separa de los demás, creo entender lo que sucede aquí, pero en realidad no tenga ni la menor idea. Por más que compartamos el mismo espacio, tengamos las mismas obligaciones y trabajemos para los mismos jefes, nunca entenderé muchas cosas, y aunque me acercara a ellos, a los trabajadores, y pudiera conocerlos, saber de dónde vienen, en qué piensan, qué desean, qué les duele, incluso hacernos amigos, conocer sus casas, a sus familias, al perro, contemplar la decoración desde el sillón mientras tomo té, levantarme y mirar las fotos de sus antepasados, encontrar parecidos, pasar al baño, asomarme a un cuarto, escucharlos hablar entre ellos, cómo se dicen (quizá mi amigo tiene un apodo), cómo se tratan (espero que bien), cómo conviven con la presencia del otro o, si viven solos, cómo se acompañan en su soledad, aunque hiciera, pues, todo eso, seguiría sin entender, pues no soy ellos, y mi privilegio me tiene miope, y, además, no es que la etiqueta me moleste, por el contrario, aunque coma solo en los comedores y durante las doce horas que estoy aquí no tenga con quien hablar, cargo con orgullo mi estatus de turista a todos lados, confiado de que en cualquier momento yo me largo de aquí.

Trabajos como este me hacen saber que cualquier oficio dedicado a llenar el vacío de la gente conducirá inevitablemente a la esclavitud de los trabajadores. Para cuando mi puesto sea obsoleto, estaré tomándome el agua de una botella que contiene el líquido de los manantiales más puros de Nueva Zelanda. Al escucharme no dejo de caerme mal, de detestarme cada vez con más ahínco, pero dadas las circunstancias en las que me encuentro, agradezco tener la posibilidad de huir. Soy de los pocos que tiene un lugar en las lanchas que nos sacarán del Titanic. De lejos, el espectáculo de la catástrofe es impresionante, perfecto para disfrutarse con unas palomitas. Tampoco es que esté exento de los problemas del mundo, pero reconozco que estoy un poquito más a salvo que el resto. No sé qué pensar de eso, a veces me doy vergüenza y a veces me siento muy tranquilo. En una de esas, para cuando acabe la carrera, mi profesión será también obsoleta y todo el dinero que entre mi papá y yo juntamos para pagar la universidad se habrá ido al caño. Espero que no, pero en el fondo sé que todos somos vulnerables.

La planeación de la producción se mueve siempre días adelante. El material que liberamos hoy, surte la demanda de la semana que entra, y así sucesivamente. Para esas horas ya no estoy para verlo, pero sé que al final de cada turno, los ingenieros de producción se juntan a corregir y reprogramar el flujo de las entradas, para después hacer caer toneladas de plástico modelado en serie.

La finalidad de tanto plástico no es ningún secreto: producir cientos de miles de recipientes de agua embotellada. La forma del envase es muy importante, además

de la publicidad, es la única manera que tienen las marcas de diferenciarse de su competencia. Lo que hagan o no con las botellas me tiene sin cuidado, pero me alivia saber que el desboque de botellas que en días veo avanzar hacia mí, fue planeado anticipadamente y no tiene nada que ver con el ritmo de mis emociones. Me tranquiliza como me agobia, pues el hecho de que haya lotes más urgentes, lotes con mayor número de piezas, lotes con modelados y colores diferentes, me hace creer que hasta el caos acaba embotellado.

Cada que los ingenieros ajustan el proceso, se hacen corridas de prueba en las que se verifica que el producto salga en buenas condiciones, al mismo tiempo en que se elaboran los manuales pertinentes para que los inspectores sepamos detectar con facilidad las posibles fallas del producto, dependiendo el lote.

Si a mí y al encargado de la noche, nos llaman inspectores es porque nuestro trabajo consiste en detectar fallas, pero no hay mayor ciencia detrás del puesto. Por el contrario, cualquier persona que mida, al menos, un metro cincuenta de altura, sepa leer y haya tomado un curso sobre principios básicos de seguridad industrial podría hacerlo, incluso un niño. Lo único que tienen que hacer los inspectores es revisar las piezas provenientes de sus respectivas máquinas—en mi caso, la L3—y asegurarse que cumplan con las especificaciones de calidad. Si cumplen, las piezas son colocadas en una banda transportadora que las conducirá a Enroscado y finalmente a Etiquetas. Si, en cambio, de acuerdo a los planos mecánicos, la pieza presenta defectos como podrían ser tallones o cualquier tipo de malformación, se avienta a un contenedor que al cabo de cuatro o cinco lotes estará listo y rebosante para someterse a un nuevo ciclo de fusión y solidificado. Uno agarra ritmo, pero es imposible inspeccionar un lote entero en una sola corrida. Para eso, la banda transportadora cuenta con un circuito que devuelve a la boca de la L3, todas las botellas que se me fueron para que su lengua negra las conduzca de nuevo a mí. El trabajo es tan fácil, que el único reto es controlar tu mente, evitar que se vaya a lugares oscuros, mantenerla a raya durante las doce horas que está uno aquí, pero para eso no hay inducción ni manual que nos enseñe.

Hoy cumpla un mes en la fábrica. Según el reporte del clima anoche en la tele, el día iba a estar precioso. El meteorólogo se veía contento, decía que hoy sería uno de esos días en los que la primavera por fin se asomaba después de meses de lluvia, frío y nieve. Espero que el buen clima continúe hasta el fin de semana, pero sé que no será así. Desde que llegué a la fábrica, los sábados son mi única ventana a la vida y ni eso, pues está tan constreñida, que no me alcanza más que para emborracharme y estar crudo el día siguiente. Tan pronto llega el recreo éste se desvanece, dejando, en su huida, un domingo descompuesto e infectado por la idea del lunes.

A veces siento que el calor se me fue de la vida, que la sensación se cristalizó finalmente en una idea que utilicé para torturarme cada vez que me pongo nostálgico y extraño a mi familia. Lo único que me queda parecido al calor, es una hilera de

máquinas, las A35, cuyo motor irradia al funcionamiento una temperatura agradable. No hay otra forma de llegar al baño si no es por ese pasillo, lo cual es bueno y malo a la vez. Bueno porque se siente bien pasar por ahí, malo porque, al final del pasillo, el frío me espera de nuevo. Aunque la fábrica tiene calefacción, está tan vieja y agujereada que la temperatura controlada acaba por desvanecerse en el clima de afuera, desperdiciando el calor que nos pertenece.

Ojalá el trabajo implicara cualquier tipo de esfuerzo físico como en la construcción. El cuerpo no se sentiría tan vulnerable, sería su propia fuente de calor y energía. Qué vigoroso se siente uno al trabajar con su cuerpo, saber que puedes, que eres tan capaz como los demás hombres, que por más flaco y chaparro que estés, el cuerpo se adapta y acaba por dominar cualquier oficio. Claro que es cansado, pero una persona de dieciocho años tarda en agotarse; rinde y se desgaja ante el trabajo en su impulso por demostrar lo que sea que tenga que demostrarse. Además, la construcción por ley es de ocho horas. Tanta inactividad me ha envejecido el cuerpo, pero la primavera no tarda en llegar. Con un mes más que aguante, el cielo se volverá a abrir, los trabajos exteriores empezarán de nuevo y habré ganado lo suficiente para pagarme medio semestre en la universidad.

Al igual que en los últimos treinta días, aún no amanecía cuando entré a la fábrica, pero tampoco seguía siendo de noche. De niño solía fijar un punto en el cielo y me le quedaba viendo al atardecer. Lo que quería era capturar el momento preciso en el que el día se hacía noche, pero lo único que encontré fue una ambigüedad que al cielo parecía agradarle. Si el día nunca ha tenido prisa en hacerse de noche y al cielo las obsesiones de un niño de diez años le dan lo mismo, las máquinas, por el contrario, son precisas y fueron fabricadas para obedecer.

En este lugar no hay sillas, las quitaron hace dos *kaizen*. Si las hubiera, la silla que habría de compartir con el inspector de la noche seguiría caliente al momento de tomar su puesto. La fábrica no descansa. El plantel de seis a seis de día es sustituido en su totalidad por el seis a seis de noche. Sea quien sea el inspector, no lo quiero conocer, su descanso es mi comienzo y viceversa, por eso cada día que pasa lo odio un poco más y las cosas se vuelven más simples: todo lo malo que pase es culpa de él. Lo que me llama la atención es que cada vez que llego a la estación, me da la sensación de que sigue aquí. Aunque esté camino a su casa o incluso ya dormido, su presencia permanece. Es como si una parte de él se rehusara a irse o estuviera atrapada. Me pregunto si esta persona siente lo mismo de mí. Para empezar, ¿sentirá el mismo rencor que yo siento hacia él?

Los primeros quince días me volví loco, pero ya me acostumbré. Quizá esta tranquilidad que siento es el primer síntoma de la locura. Quién sabe, veamos qué sucede. Torcidos en automático, mis ojos miran hacia abajo, enfocados en el plástico que tienen enfrente. Al sexto día acabaron de familiarizarse con las botellas y para el décimo, sabían detectar rápidamente cualquier defecto según los planos

mecánicos de la botella a inspeccionar. La banda transportadora acelera el paso. El ritmo generado por la sucesión de botellas me introduce al sueño vacuo, el sueño del insomne, demasiado consciente para dormir, demasiado cansado para estar despierto. Permanezco ahí, en la nada pura, en la nada atrofiante, tomando y soltando botellas, hasta que la máquina se detiene y, durante el breve lapso entre lote y lote, el silencio regresa dócil.

Despierto y reviso mi iPod. Apenas son las 8:40 y me queda 35% de pila. Mejor lo apago, ¿o será peor? ¿cuánto le toma reiniciarse? Mejor lo dejo así: si el iPod muere, estaré sólo con mi mente. El ruido empieza otra vez. Arranca un nuevo lote. Las botellas salen desquiciadas de la máquina. No hay nada que las pare, traen consigo la constancia del derrame oceánico, la frialdad de una R15, la devastación de un incendio que se esparce por el continente. Ahí vienen de prisa hacia mí. Su misión es divina, al avanzar pregonan sumisión, enfermedad, muerte. No hay forma de detenerlas. Atrapado en una mecánica que no elegí ni deseé, el impulso de la máquina me arrastra en su corriente y mientras me avienta con fuerza al interior de sus fauces, el inspector de la noche aparece.

Las entradas en su pelo predicen calvicie, la boca permanece apretada. Le pidieron moverse al turno de día para satisfacer la demanda creciente; el turno de la noche ya fue cubierto con otros dos trabajadores. Lo que nadie sabe, es que hoy es su último día. Aceptó de buena gana el movimiento para que no lo echaran sin pagarle, pero su intención es irse. Tiene un boleto de regreso a la vida que pausó para visitar estos lugares. Está conmigo sólo porque hoy nos pagan y a las seis de la tarde, apenas nos den nuestro dinero, desaparecerá de la misma manera como llegó.

El inspector y yo tenemos la misma edad, sólo que él es corpulento, de tez blanca y tiene marcas de acné en la cara; también es más alto que yo. Él me reconoce primero, me llama por mi nombre. Su forma de decirlo tiene algo de oficial e inventariado, como si una maestra me llamara al pasar lista. Luego me pregunta si me acuerdo de él, le contesto que no y finalmente se presenta: soy Jorge Ledesma.

¿Ledesma?

Ledesma vive en Alberni esquina con Georgia, en un bloque inmenso de concreto que da a la bahía, dividido en espacios reducidos a lo indispensable. Si el vecino del 1401 tiene una pequeña sala con adornos y flores artificiales, una mesa para cuatro donde se sienta sólo a comer y un cuarto con la cama tendida y la ropa limpia y doblada en sus respectivos cajones, nosotros vivimos siete u ocho amontonados bajo las mismas dimensiones y sin muebles. Comemos en el piso, la ropa de trabajo está regada por todas partes, nuestras pertenencias apiladas en las esquinas o adentro del único clóset; los cepillos de dientes dormitan alrededor del oasis del lavabo, las

toallas colgadas de donde se puede; la cocina llena de platos sucios, cajas de cerveza y pizza colman el refri, ceniceros con colillas, cenizas y churros de mota; los que llevan menos tiempo duermen en el piso de la sala o en catres plegables, y el resto en el cuarto, en colchones usados que compramos o encontramos en la basura. No se me hace raro ver a Ledesma aquí. Lo que me parece extraño es que no lo veía desde que nos corrieron de la escuela. Es el tipo de persona que en cuanto la dejas de ver, se te olvida que existe.

Nos vimos crecer apenas pudimos pararnos en dos. Éramos veinticuatro niños repartidos en dos salones, con una maestra de inglés y otra de español turnadas entre grupo y grupo. Con sentarte al lado de alguien o esperar junto a otro olvidado a que pasaran por ti, bastaba para hacerte de un mejor amigo. Luego las circunstancias se revolían otra vez, y era a alguien más a quien le regalabas esa misma importancia. Experiencias como estas me saben a primeros ensayos de amor. Un amor que no era romántico ni erótico, sino perruno, pues nadie en sus cabales se perdería contigo más que un perro y otro niño. Un amor capaz de aliviar los dolores de crecimiento al reconocerse igual que el otro—confundido, tierno, vulnerable—y, así, compartiendo el mismo desconcierto y perdiendo el tiempo, como dirían los adultos, entrábamos al mundo juntos.

El lote 3435 de botellas rosadas edición especial contra el cáncer de mamá corre sin prisa devorando nuestro tiempo. En cuestión de segundos dan las doce. Falta una hora y media para subir a comer. Permanecemos arrullados por lo monótono de la mecánica, hasta que Ledesma propone un juego. La dinámica consiste en decir una palabra que la otra persona deberá contestar con otra que comience con la primera letra de dicha palabra, por ejemplo, él dice *árbol* y yo *altura*. A partir de mi respuesta, él me tendrá que contestar con otra, pero ahora utilizando las primeras dos letras de mi palabra y así sucesivamente. De esta manera, si a *árbol* yo respondí *altura*, él tendría que decir algo como *alivio* y luego yo *aliento*, hasta que el vocabulario de uno de los dos se agote y empecemos ahora con la letra B.

Estamos en la H cuando llega la hora de comer. Subimos, pero el comedor está lleno. Tanto tiempo con el plástico y las máquinas, me desacostumbró a ver gente reunida. No sabía que había tantos empleados, por lo general, subo a comer más tarde, cuando los que no tienen amigos llegan a comer lo que queda del menú del día. La gente se ve contenta: platican, ríen y arrancan pedazos de carne, para luego volver a reír y platicar. Tomamos un turno y vamos a la terraza. Como el meteorólogo predijo, el día está despejado y un ensayo de calor surca el aire. La terraza no tiene más que un par de mesas con ceniceros al centro y una máquina dispensadora que vende zanahorias empaquetadas, refrescos y papas fritas. A pesar del buen clima, el ambiente en la terraza es deprimente.

Desde hace mucho el iPod dejó de importarme; la amistad de Ledesma es más que suficiente. Me gusta la manera en que vamos del pasado al presente, dejando al futuro intacto. Mientras revisamos el primer lote de la tarde, me cuenta que no tardaron en correrlo de su nueva escuela. Esta vez por dibujar a Marcial Maciel desnudo al lado de un niño.

Este era el tipo de travesuras que Ledesma hacía: bromas idiotas de las que uno se arrepiente al instante de hacerlas, cuando ya no puedes detenerte y que, si bien no eran malintencionadas, para los adultos eran oportunidades succulentas para hacer uso de su autoridad y poder.

La travesura ocurre después del recreo. El maestro tarda en llegar al salón y los alumnos aún juegan excitados por los cada-vez-más-breves lapsos que el mundo les deja para seguir siendo niños y no adultos en capacitación. Mientras cada uno está en lo suyo, de entre las cabecitas uniformadas destaca el alumno 2129 que, sin pensarlo dos veces, toma un pedazo de gis y con línea torcida y faltas de ortografía, dibuja al hombre, al niño, lo que serían sus genitales y escribe *Marsiel Masial*.

Nadie se da cuenta hasta que el maestro por fin entra al salón y comienza a borrar los apuntes de la clase pasada. La broma de Ledesma se siente como un sopapo en la jeta. Sin soltar el borrador, el maestro sale corriendo por el padre director y los niños estallan de risa. Reanudan el juego de tazos, sacan las cartitas de Dragon Ball Z, se embarran mocos y se corretean para vengarse; se avientan borradores, papeles babeados, uno que otro escupitajo y se persiguen otra vez. El grupo es un enjambre desquiciado, celebran la muerte de su reina. Ebrios de jalea prohibida, reclaman el panal para ellos.

Su presencia se anuncia con un grito. Paramos de inmediato. Todos regresan a su lugar. El padre director busca al culpable. Nadie responde. El padre insiste. Silencio. Continúan las amenazas. El salón empieza a cuchichear. De un grito nos calla. Ledesma está temblando. El sudor del recreo humecta de nuevo su frente, expide el aroma rancio de un animal en peligro. Escondido entre niños y pupitres, escribe su nombre mil veces. Él solito se impone su penitencia, pero la realidad no funciona así: ojalá fuera sólo hacer planas. Su lugar en el salón lo hace pasar como un niño cualquiera; un recién llegado nunca haría algo así. El grupo se mantiene en silencio. Con la cabeza agachada sólo puedes ver las palabras escritas en el libro que tienes abierto o perderte en el color del forro del cuaderno que tienes enfrente. El director y el maestro caminan entre los pasillos. Si algo buscan y saben reconocer es el miedo.

Al pasar por el lugar de Ledesma, el maestro nota las planas. Toma el cuaderno y se lo entrega al padre. Jorge Luis Ledesma Sánchez. El cura repite su nombre y lo saca del salón. Era cuestión de tiempo para que dieran con él.

A la mañana siguiente, toda la escuela sabe lo que pasó. Los padres de Ledesma están citados a las nueve. El niño limpia y recoge su escritorio durante la clase de Historia. El maestro da la clase como si nada hubiera pasado, como si Ledesma ni siquiera existiera. En cambio, el grupo lo despide en susurros, chocan su mano, festejan la broma, intercambian teléfonos y le desean buena suerte.

La broma fue una declaración de guerra. El chisme se esparció cual incendio entre cafés, desayunos y jugadas, en pasillos de escuela, atrios de iglesia y vestidores de clubes sociales y deportivos. El niño se ganó la hostilidad del sistema educativo católico, el rechazo del círculo social que lo rodeaba y la represión de sus padres.

Todos lo abandonaron menos los niños, y en esa lealtad tan característica de las personas que se quieren y aprecian desde la infancia, lo acompañaron en su ostracismo, convirtiéndose en sus familiares, educadores y guías espirituales.

El día se acerca a su fin, pero el tiempo se resiste a soltarnos. Según el reloj en la pared, faltan cuarenta y cinco minutos para las seis de la tarde, pero el iPod marca cuarenta. Da igual: cinco minutos tampoco hacen la diferencia. Además, al inspector de la noche parece no importarle. Canta en voz alta versos destartalados de canciones que no puedo identificar, indiferente a si son las ocho de la mañana o las cinco cincuenta de la tarde. Su presencia me tranquiliza no sólo por su desenfado, sino por la presencia en sí, y desde esta seguridad, en silencio, regreso a donde empecé: al tiempo que pateaba botellas de Frutsi y cantaba las mañanitas en los cumpleaños. ¡Qué rápido se hizo tarde! Un día jugaba metegol en el parque, y al otro ya era un adulto. ¿Desde cuándo está encendida la máquina?

Sigo sin entender lo que pasó. En mi mente tengo un hecho, un momento, una broma, pero es tan estúpida que me cuesta trabajo creer que por eso me corrieron de la escuela. La sensación de peligro y amenaza que me acompaña a la fecha, viene de esos días. Con mi expulsión aprendí que podía meterme en problemas por cualquier cosa, que los inspectores no estaban jugando, que por más que parecieran buenas personas y cantaran con los niños en los festivales o te aplaudieran enfrente de tus padres, ninguno se tentaría el corazón a la hora de relegarte, que lo hacían en automático como si los alumnos fueran botellas.

Así, mientras que los demás niños seguían siendo niños, yo desperdicié los últimos años que me quedaban de infancia, inspeccionando cada una de mis acciones hasta encontrar cualquier pretexto para sentir miedo y culpa.

Mis papás hablaron con el director de la nueva escuela. En la junta también estuvo la psicóloga. El primero era un sacerdote con cachetes de perro y lentes de fondo de botella a quien le apestaba la boca, mientras que la terapeuta parecía un ave a la que bien podía imaginar picoteando el papel en lugar de tomar notas. A sugerencia de

ella, el resto de los adultos convino en que lo mejor era darme una liga. Una liga que, al jalarla, me sacaría de la enajenación a base de pellizcos y me traería de vuelta. Se trataba de una especie de *satori* infantil, menos violento que el balonazo en la cara a la hora del recreo, que, en teoría, me haría consciente de mis patrones, pero éstos eran más fuertes: traían consigo la potencia del hábito y la liga no tardó en romperse.

Como en todo, acabé por acostumbrarme. Encontré mi lugar en los pasillos, arriba de los árboles, en los escupitajos petrificados del baño de niños, en los sillones de colores de la biblioteca, en el frío del auditorio, el brillo del pasto recién podado y el picor del uniforme. En el perfume de Miss Lety, la risa de Luis Dumois y en el reconocimiento del motor del carro de mi madre que, entre decenas de otros carros, llegaba a recogerme; en las arañas de los rincones y en el silencio que me acompañaba cuando no había nadie en los salones. Finalmente, en la dulzura de Emma Guillén, en las mañanas lluviosas de julio, en el último día de clases y en la canción que repetía una y otra vez, mientras jugaba a los *Playmobil* después de otro primer día de escuela.

Con frecuencia imagino revueltas. ¿Bastaría uno para que todo explotara? No lo sé, no lo creo, pero en mis peores momentos las imágenes de caos me traen el consuelo que necesito para seguir trabajando. En mi imaginación, la miseria teje una red a la intemperie que acaba por incendiar el ánimo colectivo, despabila el entumecimiento causado por la apatía y la desesperación, y utiliza el hartazgo como combustible; destruimos las máquinas, quemamos escuelas y oficinas, las convertimos en salones de juego, ocio, copulación y descanso; nos rebelamos contra el amo y señor de los plásticos, contra sacerdotes, maestros y toda clase de inspectores, contra nosotros mismos también, y ya que todo haya quedado en ruinas, cada uno se va a su casa a dormir y soñar qué va a hacer después.

Sin embargo, a diferencia de mis otras fantasías, no soy yo el que empieza esto. En la historia no soy el protagonista, de hecho, ni siquiera puedo verme. Mi papel en la revolución se limita a ocultarme en los rincones para despotricar contra el mundo mientras relamo mis heridas. Los que hacen algo al respecto son hombres y mujeres que prefieren la muerte a seguir oprimidos, no un escuincle menso que sólo piensa en masturbarse. Hombres y mujeres que no son héroes, si no gente desesperada, individuos enloquecidos por el dolor y el maltrato que no descansarán hasta ver el mundo en llamas.

Al día siguiente Jorge ya no está. No tenía caso pedirle que se quedara; yo tampoco lo hubiera hecho. La máquina se enciende sola. Ahí viene el primer lote. Aguardo en mi estación a que las botellas lleguen. Apenas lo hacen, empiezo a llorar. Volteo a todos lados para asegurarme que nadie me esté viendo, pero quién va a estar en este maldito lugar. Lleno de mocos, espero a que la emoción se vaya con las botellas, pero no lo hace y la máquina sigue y sigue. La única manera que tengo de detenerla es largándome.